

de la matanza de Cajamarca, reunió los restos del ejército peruano y se proclamó soberano independiente.

Como se sabía que Rumiñahui poseía 60,000 cargas de oro que había puesto en seguridad en Puitu, marchó Belalcázar con 140 españoles para

de su patria, que luego conservó por ser más famoso. En 29 de junio de 1511, ó algunos días antes, después de una navegación comenzada el 11 de abril, fecha en que la armada salió de Sanlúcar, llegó Sebastián con sus 1,500 compañeros á Darién. Subalterno y sirviente de los soldados, ninguna cosa notable hizo en algún tiempo. Sólo se sabe que era protegido por Francisco Pizarro y por Diego de Almagro, á quienes acompañaba en sus expediciones por el Istmo. En cierta ocasión que marchaba desde Nombre de Dios á Panamá, con una tropa mandada por el gobernador Pedrarias, como sus compañeros se extraviaran, subió á la copa del árbol más alto que pudo columbrar, y descubriendo desde allí humo y señales evidentes de habitaciones humanas, guió después al gobernador hasta el lugar en que tenía su asiento una tribu de indígenas, que recibió muy bien á los nuestros y los sacó del bosque. Belalcázar recibió en premio el nombramiento de capitán, y desde entonces, por su carácter modesto y apacible y su amor á la virtud, fué muy querido de todos. Hechos por el gobernador los repartimientos definitivos de la ciudad de Panamá, concedió solar y encomienda fuera de ella á Belalcázar, que apadrinó en la pila bautismal á un hijo de Almagro llamado Diego, el mismo que fué educado en el Perú como un príncipe y tuvo un fin desastroso. Hacia 1524 Sebastián partió á la conquista de Nicaragua, y estuvo presente á la fundación de la ciudad de León, de la que fué primer alcalde, prestando importantes servicios á la corona durante los años que permaneció allí.

A pesar de lo mucho que guerreó y expuso su vida en todas las expediciones emprendidas en el Istmo desde 1514 á 1529, sólo hizo mediana fortuna. Cuando en agosto de 1530, acudiendo al llamamiento de Pizarro, se embarcó para el Perú, hubo de empreñar todas sus haciendas para alistar 30 hombres, fletar un navío y embarcar seis caballos, además de los alimentos, vestidos y armas necesarios; y así, cuando se unió á Pizarro en Puerto Viejo, llevaba consigo todo cuanto poseía. Belalcázar acompañó á Pizarro hasta la villa que fundaron en Piura, denominada de San Miguel, que fué la primera población española en aquellas regiones, y en ella, quedó con el grueso del ejército, en tanto que Pizarro avanzaba tierra adentro.

Luego resolvió tomar por su cuenta la conquista del reino de Quito, y, á la cabeza de 150 soldados aventureros y acompañado de un ejército de indígenas enemigos de Rumiñahui, general de los incas, que, después de haber asesinado á toda la familia de Atahualpa, se había coronado rey en aquella ciudad, emprendió la marcha á mediados de octubre de 1533. En vano Rumiñahui mandó abrir hoyos disimulados y clavar estacas ocultas para que los caballos cayesen en aquellas trampas. Los mismos indígenas traicionaban al antiguo general indio, y el cacique Chaparra regalaba al jefe español un plano ó mapa de las provincias de Quito, para que le guiase en la campaña. Decía Belalcázar á los habitantes que no pretendía hacerles la guerra, sino castigar al usurpador del trono de Atahualpa. Por este medio conseguía que los naturales le llevaran víveres y obsequios de oro y plata. Dos batallas, que costaron la vida á diez europeos y bastantes caballos, se dieron entre Rumiñahui y las fuerzas que mandaba Sebastián, vencedor en ambos combates. Luego entró en Quito el conquistador (á fines de 1533). La falta de subsistencias en aquella localidad, motivó que los españoles regresaran á Riobamba. Hacia fines del año siguiente, pacificado ya el reino de Quito, no sin que antes fuera menester librar varias refriegas, Belalcázar se dedicó á la organización civil, religiosa, militar y municipal del país conquistado, y admira el conocimiento que de

arrebatarle la presa. El astuto general opuso gran resistencia á sus perseguidores, y á fin de dificultar su marcha, mandó abrir porción de zanjas muy bien disimuladas en todos los caminos y guarnecerlas con agudas

las leyes españolas tenía el aldeano de otros días, á quien debió faltar tiempo para educarse. En 23 de julio de 1535 fundó éste, junto al río Guayas, la ciudad de Guayaquil. También envió á Juan de Ampudia á descubrir los territorios del Norte, hoy día la provincia de Pasto ó los Pastos. Ampudia llegó hasta un punto en que le atajó el río Cauca, y á principio de 1536 comunicó á su general los descubrimientos hechos.

Créese que por este tiempo llegó á oídos de Belalcázar la existencia del *Dorado*, nombre dado por los conquistadores al rey de Cundinamarca. Unidas estas noticias con las que participaba Ampudia sobre la riqueza del país que había recorrido, determinó Sebastián á dirigirse personalmente hacia aquellas comarcas. Preparó la expedición con lujo asiático, más propio del que viaja por recreo y ostentación que adecuado á una correría militar. En el valle de Patía derrotó fácilmente, con los 200 españoles que le seguían, á tres ó cuatro mil indígenas. Continuó adelantando hacia el territorio del cacique de Popayán, y fundó por aquellas regiones una villa en diciembre de 1536, y otra en un sitio entonces conocido por Lili y hoy día por Calí, en el valle del Cauca.

Quiso Belalcázar venir á España, á fin de obtener del monarca el gobierno de aquellos territorios con independencia de Pizarro; mas tan atrasado se hallaba en conocimientos geográficos, que creyó fácil, para no tocar con Pizarro, salir al mar de las Antillas sin navegar por el Pacífico. Con estos pensamientos, y enganchados 300 hombres aguerridos, acopiados cuantos pertrechos pudo, regresó á Popayán, de donde salió en mayo de 1538 para ir á la conquista del territorio del Dorado, de paso para el mar de las Antillas. Atravesó sin desmayar por las tierras más fragosas de América, cruzó el valle de Neiva, siempre en demanda del Dorado y del mar de las Antillas, y en los primeros días de enero de 1539 se halló inopinadamente, cuando acampaba junto á las márgenes del río Sabandija con otros españoles que, por encargo del adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, hacían descubrimientos por aquellas tierras. Recibió Sebastián de estos compatriotas una cantidad de oro y algunas esmeraldas, y les tranquilizó respecto á sus propósitos, pero luego sus soldados le obligaron á seguir las huellas de los compañeros de Quesada, y entró en Santafé de Bogotá en febrero de 1539. Embarcóse para la península, á la que llegó á mediados de 1539, y obtuvo del emperador lo que ambicionaba.

Regresó Belalcázar al Cauca en 1541, pero no quiso hacer su entrada en Calí hasta que el cabildo reconoció los despachos en que se le otorgaban los territorios que median entre el Océano y los límites del Cauca y el Magdalena, y desde la provincia de los Pastos hasta donde descubriese por el Norte, dándole además el título de adelantado, capitán general y teniente del rey. El cabildo reconoció la justicia que asistía á Sebastián, le aclamó gobernador, y mandó preso á Popayán al usurpador Andagoya. Belalcázar, llamado por Baca de Castro, pasó (1542) al Perú con los recursos y tropas que pudo reunir. A su vuelta á Popayán, halló sublevados á los indios Paeces y Yalcones, y aunque atacó á los primeros no consiguió vencerlos. En 1544 recibió copia de las leyes dadas por Carlos I para proteger á los indígenas. Lejos de cumplirlas, escribió al emperador quejándose de ellas, é inventó, para calmar á los suyos, la frase luego tan repetida, *se obedece pero no se cumple*. En primero de enero de 1545, Sebastián, á la cabeza de 400 hombres bien pertrechados, se puso en marcha, acompañando al virrey del Perú, Blasco Núñez de Vela, para imponer la autoridad de éste contra las pretensiones de Gonzalo Pizarro, contra quien luchó Belalcázar en Iñiquito ó Añaquito, cerca de Quito. Belalcázar quedó prisionero y salvó milagrosamente la vida. Puesto en liber-



estacas ocultas, cubriéndolo todo después con tierra, para que al pasar cayesen en estas trampas los caballos; en otros parajes mandó abrir infinidad de hoyos del tamaño de una herradura de caballo, á fin de que éstos se rompiesen las piernas y sembrasen la confusión y el desorden entre los tan temidos soldados de caballería.

Pero los españoles supieron sortear cuidadosamente dichas trampas, y desde la batalla de Riobamba derrotaron siempre á sus contrarios.

Utilizando la gran carretera del Inca que partiendo del Sur atraviesa Quito hasta llegar á Cajamarca, cruzaron los españoles la magnífica y elevada llanura situada á unos 2,500 metros sobre el nivel del mar, que se extiende entre las Cordilleras y los Andes hasta el Ecuador, disfrutando desde ella los panoramas más encantadores que pueda soñar la imaginación, y contemplando aquellas formidables ondulaciones de la montaña, que figuran entre las primeras en la historia de la Tierra.

En la parte occidental de la cordillera divisábase el majestuoso Chimborazo, de 6,310 metros de altura, con su cima en forma de cúpula cubierta de nieve; al N. E. del mismo elevábanse los fantásticos picachos, de 5,106 metros de elevación, del Carhuairazo, mientras que el Igualata,

tad por Gonzalo y curado en pocos días de la grave enfermedad causada por las muchas heridas que recibió en la batalla, tomó la vuelta de su gobierno.

En 1546 derrotó y cautivó á Jorge Robledo, antiguo teniente suyo que ahora le disputaba la posesión de las tierras descubiertas y conquistadas en Antioquia. Verificóse el encuentro en un sitio llamado Loma del Pozo, y Belalcázar condenó al vencido y tres oficiales más á la pena de muerte, sentencia que se cumplió en 5 de octubre. Al año siguiente ayudó con 300 hombres á disolver los últimos restos del partido afecto á Gonzalo Pizarro, á cuya muerte asistió. Poco después, encontrándose en Popayán, le alcanzó una requisitoria con orden de procesarle, como responsable de los abusos cometidos por sus segundos Juan de Ampudia, Alonso Sánchez, García Tobar y Roque Martín en el reino de Quito, en tiempo de la conquista. Por otra parte la esposa de Robledo y sus amigos y partidarios le acusaron por la muerte de aquél, ante la corte española, que envió al licenciado Francisco Briceño para que residenciase á Sebastián y le juzgara también por haber mandado romper los sellos reales en Popayán para acuñar moneda. Venido el día de la desgracia, Belalcázar vió que le abandonaban los amigos á quienes más había favorecido. Briceño llegó á Popayán á principios del año 1551 y poco después Belalcázar era condenado á muerte y veía sus bienes confiscados. Concediósele la apelación ante el rey, dando fianzas. Salió entonces de la cárcel y se puso en camino para Cartagena, con ánimo de embarcarse para España. Llegado á Cartagena, creció la enfermedad que ya le atormentaba y aquí expiró en la época señalada. Don Pedro de Heredia le costeó un entierro muy pomposo y llevó su luto, ejemplo seguido por los más notables habitantes de Cartagena, que apreciaban las buenas cualidades de Belalcázar.

Aunque no consta que éste fuera casado, algún historiador afirma que dejó hijos «tan herederos de sus hazañas como lo acreditó el mayor don Sebastián de Belalcázar, en las sangrientas guerras de los Pijaos», y hoy mismo existen en el Estado del Cauca familias que pretenden descender del valiente caudillo español.

de 4,452, se extendía transversalmente, como una ancha faja, sobre la llanura.

No menos formidables eran los colosos que en la cordillera oriental elevaban sus cimas á la transparente y azulada atmósfera; tales como el Sangay, de 5,323 metros de altura, de cuyo cráter en constante actividad escapábase entre formidable estruendo altas columnas de humo y ceniza. Al Norte del mismo brillaban los pintorescos conos de los gigantes volcanes Altar (de 5,404 metros) y Tunguragua (5,087); más allá, en dirección á Quito, sobresalía en el horizonte el majestuoso Cotopaxi, de 5,994 metros, uno de los más terribles volcanes del mundo. Su ancha cima coronada de nieve relucía como plata á la luz del sol, para convertirse en su parte inferior en un caos de tenebrosas hendiduras y estrechas gargantas.

Aún acampaba Belalcázar en las cercanías del Cotopaxi cuando vió aparecer de pronto á Diego de Almagro que, acompañado de un fuerte destacamento de ca-

ballería, iba á darle la desagradable noticia de que se hallaba en el país un competidor que les disputaba su posesión.

Este rival era Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala y fiel compañero de armas de Hernán Cortés, que sabedor de los inmensos éxitos alcanzados por Pizarro, había salido de Guatemala con cinco barcos y 500 hombres para ir en busca de botín á la América del Sur. En marzo del año de 1534 desembarcó en la embocadura del río de Puerto Viejo, situado al O. de Quito, emprendiendo al momento con sus soldados, la mitad de los cuales eran de caballería, la marcha al antiguo reino de Atahualpa.

La comarca que tenían que atravesar es aún en el día una de las más intransitables del Ecuador y está llena de pantanos y bosques vírgenes. Por entre ellos tuvieron que abrirse camino los españoles á fuerza de talar árboles y arbustos valiéndose de hachas y aun de las espadas. Además de esto, eran tan grandes los tormentos del hambre y de la sed que sufrían, que seguramente hubieran sucumbido la mayor parte á no haber hallado

Firma de Pedro de Alvarado.



en las gruesas cañas de una variedad de bambú un líquido potable con el que pudieron aplacar la sed. Para no exponerse otra vez al peligro de encontrarse sin agua cortaron aquellas cañas, que tenían el grueso de un brazo, de modo que cada pedazo quedara comprendido en sus dos extremos por los nudos peculiares á estos vegetales, obteniendo de este modo unos receptáculos de agua fácilmente transportables. Salido que hubieron de aquellos intrincados bosques, siguieron la marcha por la cadena occidental de las cordilleras del Ecuador, que precisamente en este paraje son de muy difícil ascensión, y que entonces no tenían pueblos ni ciudades. En ninguna parte hallaban refugio alguno contra los helados vientos procedentes de las alturas, ni encontraban alimento de ninguna especie con que poder aplacar su hambre devoradora. Un día quedaron sorprendidos en gran manera al ver que repentinamente se oscurecía el sol y todo el cielo y empezaba á caer una fría lluvia de ceniza que duró algunos días y cubrió el suelo con una capa de un pié de espesor. Aquella ceniza procedía del volcán Cotopaxi y había sido arrastrada hasta allí por el viento. A tan desagradable fenómeno acompañó un frío glacial á cuyos rigores perecieron helados sesenta españoles y centenares de indios.

Al fin llegaron á la cima de la montaña, y desde allí bajaron á la llanura de Riobamba, donde con gran admiración de Alvarado hallaron en la arena huellas de herraduras, lo que hacía presumir con seguridad que aquella parte del país había sido atravesada por europeos que debían haberse dirigido á Quito. Semejante creencia era justificada, puesto que las huellas procedían de los caballos que llevaba Belalcázar en su pequeño ejército. Muy disgustado por este descubrimiento, que le hacía comprender que otro se le había anticipado en la conquista del país, decidió Alvarado arrojar de él á su rival por la fuerza de las armas.

La noticia de la llegada del valeroso compañero de Cortés había entretanto llegado á Cuzco, por lo cual salió inmediatamente Diego de Almagro con muchas fuerzas, dirigiéndose á marchas forzadas hacia el Ecuador, donde se unió con Belalcázar para rechazar al inoportuno invasor.

En la alta llanura de Riobamba encontráronse los dos ejércitos españoles y quizá hubieran llegado á las manos si Alvarado, para evitar el inesperado combate, no hubiese propuesto á sus contrarios un convenio.

Durante un armisticio de veinticuatro horas terminó el dicho convenio, y no sólo consintió Alvarado en volverse á Guatemala, sino que cedió á Pizarro todo su ejército con armas, caballos y cañones, recibiendo en cambio como indemnización 100,000 pesos de oro.

Luego que Almagro y Belalcázar se vieron libres de su temido rival, prosiguió el segundo su marcha á la ciudad de Quito, en cuyas inmediaciones se estrechaban más y más los agudos picos de las altas montañas,

como si quisieran impedir á los españoles la entrada en la ciudad. Además del Cotopaxi, elevábanse en la cadena oriental, el Quilindana, el Sinchulagua, el Antisana, el Rumiñagui y el Pasachoa, mientras que en la occidental brillaban como piedras preciosas á larga distancia, las nevadas cumbres del Quilatoa, el Iliniza, el Corazón, el Atacazo y el Pichincha.

Pero tampoco estas barreras de roca asustaron á los españoles, que penetraron vencedores en la antigua capital de los indios de Quito, que había sido abandonada por Rumiñahui después de haber incendiado todos los palacios y ocultado todas las riquezas. Más adelante consiguieron capturar al citado jefe indio, con muchos de sus guerreros; pero á pesar de darles los más atroces tormentos no consiguieron arrancarles el secreto de dónde habían escondido sus tesoros.



Indio de las altas mesetas del Ecuador

Mientras Pizarro permanecía en Lima ocupado en proporcionarse los medios que debían asegurarle la posesión del país, su compañero de armas Almagro había emprendido desde Cuzco una campaña de descubrimiento y conquista de Chile, en la cual campaña nos ocuparemos en el próximo capítulo. Después de su marcha quedó una reducida guarnición española en la capital, é Inca Manco creyó que debía de aprovechar aquella circunstancia para sacudir el yugo español.

Abandonó en secreto su residencia, convocó á sus pueblos instigándoles para que se levantasen contra los opresores, y alcanzó tan buen éxito en su empresa que consiguió hacerse dueño de la fortaleza de Sacsahuaman y empezar el sitio de la ciudad de Cuzco, el cual sitio duró cinco meses,



en cuyo tiempo casi todos los edificios fueron abrasados por las flechas incendiarias que arrojaron los indios. Los españoles tuvieron que refugiarse en la gran plaza situada en el centro de la ciudad para librarse de aquel mar de fuego que sólo terminó por falta de combustible. Después de algunos sangrientos combates consiguieron los españoles conquistar nuevamente la fortaleza, en uno de cuyos combates pereció Juan Pizarro, hermano del virrey. Por fortuna para los sobrevivientes, levantóse al poco tiempo el sitio de la ciudad. Después de la marcha de los sitiadores comenzaron las desavenencias entre los españoles por la posesión de la ciudad, la cual pretendía no sólo Francisco Pizarro sino también Almagro.

El emperador Carlos V, cuando llegó á España la noticia de las conquistas de Pizarro, había dividido en cuatro distritos, por decreto fechado en 21 de mayo de 1534, la costa occidental de la América del Sur, situada al Mediodía del Ecuador. De dichos distritos, el más septentrional, que comprendía desde la ciudad de Santiago, situada á los 1° 20' de latitud Norte; hasta la ciudad de Ica, á los 14° 5' de latitud Sur, había sido ofrecido á Pizarro. Este territorio recibió el nombre de Nueva Castilla. Por el Sur lindaba con el distrito de Nueva Toledo, que había correspondido en suerte á Diego de Almagro, y que se extendía desde Ica 200 leguas más hacia el Sur. Los dos distritos situados más al mediodía, hasta el Estrecho de Magallanes, fueron concedidos á Pedro de Mendoza y Simón de Alcazaba.

Cuando llegó al Perú la noticia de este reparto, creyó Almagro que la ciudad de Cuzco pertenecía aún á su distrito, y fundándose en el Real decreto citado pretendió tener derecho á la posesión de la ciudad. Mas cuando Hernando Pizarro tomó disposiciones para conservar el Cuzco á su hermano, asaltó Almagro la ciudad é hizo prisionero á Pizarro poniéndolo poco después en libertad por haber declarado hallarse dispuesto á reconocer los derechos de Almagro.

Pero no bien obtuvo la libertad cuando Francisco Pizarro declaró nulo el convenio, empezando por lo tanto de nuevo la lucha, que esta vez terminó mal para Almagro, pues fué cogido en las inmediaciones de Cuzco, el 26 de abril de 1538, por Hernando Pizarro, que sin compasión, y á pesar de deberle la libertad, le mandó dar garrote en la prisión el 8 de julio del mismo año.

Las rencillas que existían entre los españoles tomaron nuevo incremento transformándose en odiosas pendencias parciales, en las que la conspiración, la astucia y la traición estaban á la orden del día. De una de estas conspiraciones de los antiguos amigos de Almagro y de los partidarios de su hijo debía de ser víctima Francisco Pizarro, el protagonista del drama de la ruina del reino de Tahuantinsuyu. Algunos de los conju-

rados reuniéronse el 26 de junio de 1541 en la vivienda que tenía en Lima el joven Almagro, penetraron armados en el palacio de Pizarro, que se hallaba comiendo con algunos amigos, y á pesar de la desesperada resistencia que opusieron, aquéllos mataron al Virrey.

Sin la menor pompa fueron enterrados los restos del temido conquistador en un rincón de la catedral construída por él, y hasta el año de 1607 no se les dió solemnemente sepultura.

En la época de su muerte tendría Pizarro unos 65 años de edad. Un retrato que parece haber sido hecho poco antes (véase la página 329) se conserva todavía en el antiguo palacio de los virreyes españoles de Lima.

No obstante ser Pizarro hombre de un valor sin ejemplo y de una intrepidez y perseverancia á toda prueba, en sus demás cualidades no ofrecía el menor rasgo simpático, pues no era más que un rudo soldado que inmolaba á sus mismos amigos cuando eran un obstáculo á sus planes. Careciendo de toda instrucción, y desconocedor del arte de gobernar, no consiguió nunca imitar á Hernán Cortés, y sólo dejó á su muerte un nombre odiado á causa de la sangre que vertió en el país, al cual había arrojado desde el alto asiento en que le habían colocado los Incas en el transcurso de los siglos.

Los virreyes españoles que se encargaron del gobierno del Perú después de la muerte de Pizarro también procuraron desembarazarse de los últimos soberanos del reino de Tahuantinsuyu. Inca Manco murió el año de 1544 á manos de un embajador español que le habían enviado; sus sucesores Xairi Tupac Yupanqui y Kusi Titu Kispé Yupanqui fueron probablemente envenenados, y el último inca, Tupac Amaru, fué víctima de la crueldad del virrey Francisco de Toledo que lo hizo decapitar el año de 1572 en la plaza de la Justicia de Cuzco.

FIN DEL TOMO SEGUNDO